

En buena lógica, una dificultad insoluble no basta para destruir una tesis convenientemente demostrada por los argumentos que le son propios.

OBJECIONES CONTRA LA AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

Cinco son las principales objeciones que aducen los racionalistas, contra la autenticidad del Evangelio de San Juan.

Afirman, en primer lugar, que el autor del cuarto Evangelio no fué un judío.

La prueba de ello es, agregan, que San Juan habla siempre de los judíos en tercera persona, y se pone en oposición con ellos.

Basta fijarse en que San Juan escribió en Efe-so, para cristianos que habían salido del paganismo y no de la religión judía, y escribió en una época en que los judíos habían perdido su nacionalidad.

Por otra parte, una frase construída en tercera persona, no puede tener el alcance que los racionalistas suponen.

En el mismo Evangelio de San Juan hallamos estas palabras:¹ Hablando Jesús á los judíos, les dijo: "Abraham, *vuestro padre*."

¿Podría, de esa palabra, inferirse que Abraham no era padre de Jesús, y que éste no era, en consecuencia, de la raza de Abraham?

Afirmase, en segundo lugar, que el cuarto Evangelio, contiene errores de hecho que no pueden esperarse de un testigo ocular.

San Juan, en efecto, dicen los racionalistas, pone á Betania más allá del Jordán;² habla de una ciudad de Sichar, desconocida en la historia de Israel,³ y asegura que Caifás era el sumo sacerdote de aquel año, como si el pontificado, entre los judíos, hubiera sido un cargo anual, error tanto más grosero, cuanto que Caifás había desempeñado aquellas funciones durante diez años consecutivos.

No es un error el que comete San Juan al hablar de Betania, poniéndola más allá del Jordán.

Precisamente al llamarla Betania "de allende el Jordán," manifestamente indica que la distinguía de la Betania que estaba cerca de Jerusalén.

¹ VIII-56.

² I-28.

³ IV-5.

Habiendo buscado Orígenes la "Betania de allende el Jordán," y no habiendo hallado sino una Bethabara que ya en su tiempo la tradición designaba como el lugar donde San Juan bautizaba, se pronunció por la lección de Bethavara, que fué adoptada después por muchos Padres, y penetró en el mismo texto por una mal fundada corrupción.

Estas palabras de Orígenes, demuestran de un modo concluyente, que el lugar donde bautizaba San Juan en tiempos de Orígenes, se llamaba Bethávava: no hay razón fundada para creer que antes no se llamara Betania: los textos más antiguos manuscritos, dice el docto Sr. Caminero, leen constantemente Betania, como la Vulgata, y no es dudoso que tal sea la verdadera lección.

No es tampoco un error de San Juan llamar Sichar á la ciudad de Samaria, de que habla en el verso 5º, cap. 4º de su Evangelio,

San Jerónimo dice que esta ciudad que el Evangelista llama Sichar, es la misma que en el Génesis se llama Sichen, pues cerca de esta se hallaba el campo que Jacob dió en herencia á su hijo José.

Sichar es derivada de una palabra hebrea, que

significa *borracho*, y es muy verosímil que los judíos mudasen el nombre de Sichen en el de Sichar, tomando, para esto, motivo de aquel lugar de Isaías, donde se dice: "¡Ay de los borrachos de Efrain!"

Por último, cuando San Juan dice que Caifás era el sumo sacerdote en aquel año, en el año en que fué crucificado Jesucristo, no quiere decir con esto, que no lo hubiera sido antes, ni lo fuera después.

Arguyen los racionalistas, que el autor del cuarto Evangelio está en contradicción con las narraciones que se refieren en los tres Evangelios Synópticos.

Las narraciones de los cuatro Evangelistas se completan mutuamente.

San Juan conocía los tres primeros Evangelios, y suponía que eran conocidos de sus lectores.

Sabía que los escritores del Evangelio, que lo habían precedido, no habían querido dar una biografía completa de Jesús, sino que, al contrario, cada uno había escogido y dispuesto sus narraciones, según un plan determinado.

Los Synópticos no habían señalado más que un solo viaje de Jesucristo á Jerusalén. San Juan

no los contradice cuando menciona cinco viajes.

Del mismo modo ha podido referir, cómo Jesús, al principiar su vida pública, arrojó del Templo á los vendedores, aunque sabía muy bien que el Maestro había ejecutado acto semejante tres años más tarde, según los tres primeros Evangelistas.

San Mateo y San Marcos se cuidan poco del orden cronológico; prefieren seguir el orden lógico de los hechos.

Notemos, además, que la duración precisa de la vida pública de Jesús, no está fijada por ninguno de los cuatro Evangelistas.

Los Synópticos no dicen en ninguna parte que todo lo que ellos refieren haya pasado en un año, y el cuarto Evangelista, aunque habla de tres ó cuatro Pascuas celebradas por Jesús, no dice que no celebrara otras después de su bautismo.

El racionalismo hace notar que el Jesús de los tres primeros Evangelistas es un personaje enteramente distinto del que nos ofrece el Evangelio de San Juan.

En los primeros, el Maestro es un Doctor sencillo y popular; su enseñanza es casi exclusivamente moral, la propone en parábolas accesibles á las inteligencias vulgares y cuando se le llama

"Hijo de Dios" impone silencio á las lenguas indiscretas.

En el último, en el de San Juan, el Maestro es un filósofo que habla por sentencias enigmáticas; es un dialéctico sutil y oscuro; su enseñanza es dogmática, siempre se ocupa de su propia personalidad y no cesa de inculcar á los que le escuchan la fe en su naturaleza superior.

Esto es lo que la crítica ha descubierto y que ninguno había percibido durante dieciocho siglos.

¿Pues qué, el Cristo presentado por los Evangelistas Synópticos como un Doctor popular, es distinto del que presenta San Juan como un sabio y como un filósofo. . . . ?

¿Pues qué, un profesor en la ciencia más sublime, habla de la misma manera, cuando enseña á sus discípulos, que cuando descendiendo de su cátedra se pone á catequizar á los niños ó á las sencillas gentes que viven en los campos?

Este ejemplo se aplica admirablemente al caso que nos ocupa.

Los Synópticos nos muestran á Jesús predicando á las poblaciones de los campos ó á los comerciantes de Galilea.

Juan refiere las disputas del Salvador con los Escribas, con los Fariseos, con los Sacerdotes de Jerusalén, hombres instruidos en la ley y habituados á todas las sutilezas del rabinismo.

Notemos, además, el objeto diferente que se proponían los Evangelistas al consignar por escrito la vida de Jesús.

Los Synópticos pretenden hacerlo reconocer como el Mesías, como el gran libertador de Israel y de todas las naciones.

Juan se encontraba en presencia de gnósticos dogmatizadores que atacaban el carácter divino de Cristo; quería, pues, oponerles las afirmaciones y las demostraciones que Jesús mismo hacía de su divinidad.

Enseñan los racionalistas, en cuarto lugar, que San Juan pone en la boca de Jesús, discursos que jamás pronunciara.

No presentan prueba bastante para fundar esta afirmación.

San Juan consigna en su Evangelio con más extensión, en los discursos de Cristo, ofrece más detalles que los que aparecen en los tres Evangelios Synópticos.

Y no es extraño que estos discursos estuviesen

más presentes á su memoria, más cerca de su corazón, y que en tiempo oportuno los comunicara por escrito á la Iglesia.

Si se replica que estos discursos eran demasiado largos para que un Apóstol pudiera retenerlos y reproducirlos después de muchos años, se puede responder que el Evangelista nos da el sentido, las palabras del Señor y la substancia de sus discursos, más bién que el desenvolvimiento con que los presentara el Maestro divino.

Ni era tampoco necesario un gran esfuerzo de memoria, para que el discípulo querido de Jesús pudiera reproducir esos discursos.

Natural era que en sus predicaciones y en sus catequesis comentara las palabras divinas que brotaron de los labios de Jesús y que se hubieran hecho en él enteramente familiares.

En fin, para los cristianos, es enteramente cierto que si alguna vez el recuerdo del escritor hubiese carecido de exactitud, tenía con él al Espíritu Santo para recordarle lo que el Maestro había dicho.

El mismo San Juan consignó en su Evangelio estas palabras: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo

enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas."

Por último, afirman los racionalistas que el día asignado por San Juan para la celebración de la última Pascua, no concuerda con la tradición del mismo Apóstol.

Esta objeción ha salido de la célebre disputa que se suscitara en el siglo II, entre el Papa San Víctor y los Obispos de Asia, respecto al día en que debía celebrarse la fiesta de la Pascua.

Polícrates y sus partidarios apelaban á la tradición de San Juan, para mantener su costumbre de celebrar la fiesta el día 14 del mes de Nizán.

Ahora bien, los racionalistas dicen: el cuarto Evangelio pone la última de Jesús el día 13 de este mes.

Una doble respuesta, dicen los autores del "Diccionario Apostólico," puede darse á esta objeción.

En primer lugar, bien podía San Juan haber adoptado para la fiesta de Pascua el 14. Nizan, aun cuando hubiese puesto la cena en el día 13.

En segundo lugar, puede negarse la suposición de los adversarios, porque es muy probable que San Juan en su narración evangélica pone esta cena en el día 14, según el sentido que natural-

mente presentan las narraciones de los Synópticos.

No hay duda, el Evangelio de San Juan es auténtico.

INTEGRIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Creemos haber demostrado en los precedentes artículos que los cuatro Evangelios que la Iglesia católica conserva y pone en manos de sus hijos, son auténticos, sin duda alguna.

Esos libros escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan han sido íntegramente transmitidos hasta nosotros, sin alteración alguna sustancial.

No ha podido hacerse alteración en los libros que escribieron los cuatro Evangelistas, en vida de los Apóstoles.

Si se hubieran hecho alteraciones notables en esos libros, viviendo los Apóstoles, éstos, esparcidos ya por todo el mundo civilizado, no habrían podido ignorar esas alteraciones y al conocerlas no las hubieran tolerado, guardando silencio.

Por otra parte, en esa época, en la que aun vi-

vían los Apóstoles, existían los autógrafos de los cuatro Evangelios.

Fácilmente se habría, desde luego, hecho constatar cualquiera alteración, comparando con aquellos autógrafos los libros que se hubiesen escrito, alterando ó corrompiendo las narraciones evangélicas.

Al principio del segundo siglo tampoco habrían podido realizarse alteraciones sustanciales en los textos evangélicos: al momento se habría descubierto cualquier cambio, cualquiera interpolación, que se hubiera pretendido hacer en ellos.

En el siglo segundo, como lo sabemos por San Justino, el Evangelio se leía públicamente durante la celebración de los divinos oficios.

Esta lectura continua, que del Evangelio se hacía en la primitiva Iglesia, hacia que su texto fuese conocido de los fieles: era, entonces, imposible la alteración oculta de esos libros.

En el mismo siglo segundo se habían compuesto ya y se habían esparcido por toda la Iglesia la versión latina y la versión siríaca de los Evangelios, en las cuales se encuentra exactamente el texto que hoy conservamos.

Por último, desde esta época, es decir, desde el

siglo segundo de la Era Cristiana, los Padres comenzaron á hacer, en sus escritos, numerosas citaciones de los Evangelios.

Todas estas citaciones se encuentran en sus libros actuales. San Ireneo, entre otros, hizo el análisis de todo el Evangelio de San Lucas. Las citaciones hechas en sus obras, corresponden exactamente á nuestro texto actual.

En el siglo tercero y cuarto abundan las citaciones del Evangelio en los libros escritos por los sabios católicos de esa época, y basta comparar esas citaciones con los textos de que hoy nos servimos, para advertir desde luego la conformidad más completa.

En el cuarto siglo se formaron nuestros más antiguos manuscritos de los Evangelios, que son hoy los tesoros más ricos de nuestras grandes bibliotecas.

Una vez más, estos preciosos documentos ofrecen un testimonio irrecusable de la conservación íntegra de los Evangelios que hoy poseemos.

Para comprobar esta aserción, dicen los autores del "Diccionario Apologético" basta consultar una de las discusiones críticas del Nuevo Testamento en que están consignadas todas las varian-

tes del texto y de las cuales las más célebres son las de Tischendorf y la de Tregelles.

Sería insensato suponer que los Padres y los copistas de los siglos tercero y cuarto tenían todos ejemplares alterados y alterados de un modo idéntico.

Sería necesario suponer, por fin, que no había quedado vestigio alguno de ejemplares no alterados ó alterados de diverso modo.

Sería necesario suponer, también, que ya en los tiempos de San Agustín había desaparecido todo vestigio de un texto diferente, y, sin embargo, este hombre admirable, en su libro escrito contra los Maniqueos, intitulado: "De la utilidad de creer", decía: "Nada puede salir de su boca más impudente, ó usando de términos más suaves, nada más irreflexivo y más débil, que la afirmación de que nuestras escrituras divinas han sido alteradas, cuando esto no pueden comprobarlo con ninguno de los ejemplares que aun existen: *Nihil mihi videtur ab eis impudentius dici, vel ut mitius loquar, incuriosius et imbecillius, quam Scripturas divinas esse corruptas; cum id nullis in tam recenti memoria extantibus exemplaribus pos sunt convincere.*"

1 Cap. III n.º 7.

San Optato escribiendo sobre los *Traditores librorum*, dice. "*Bibliotheca referta sunt libris: nihil deest Ecclesiae; per loca singula divinum sonat ubique praeconium; non silent ora lectorum; manus omnium codicibus plene sunt.*"¹

Era tal el escrupuloso empeño con que se conservaban los libros santos en la Iglesia, que ni la versión que hizo San Jerónimo quedó exenta de ataques y de censura.

San Agustín, en carta que le escribía á este sabio que habitaba en Belén, le decía: "Un obispo nuestro hizo que se leyera en su Iglesia tu versión de las Escrituras Santas: alguien advirtió que en la profecía de Jonás había, en la versión que de ella hiciste, algo distinto de lo que estaba en la memoria de todos. Y fué tanto el tumulto en el público al oír los argumentos de los griegos, que el obispo se vió obligado á pedir con instancia el testimonio de los judíos."

"El obispo se vió obligado á corregir los errores, creyéndose expuesto al gran peligro de quedarse sin fieles que le escucharan. *Coactus est*

1 De schis. Donat VII in fine. Diccionario de Ciencias Eclesiásticas Art. Evangelio, pág. 366.

homo velut mendicitatem corrigere, volens post magnum periculum non remanere sine plebe."

Este dato revela que los cristianos de aquellos tiempos jamás estaban dispuestos á admitir innovaciones en los libros santos.

Y si una versión equívoca produjo hasta un tumulto en aquella Iglesia, fácil es presumir que cualquiera innovación, cualquiera interpolación, habría sido imposible.

La crítica moderna, que no ha podido combatir la integridad sustancial de los Evangelios, quiere establecer la existencia de ciertas interpolaciones en puntos de detalle.

Según, ella deben considerarse como apócrifos los dos primeros capítulos de San Mateo; la conclusión del Evangelio de San Mateo; la historia del sudor de sangre en el jardín de los Olivos; la mención del ángel que bajaba á la piscina de Betsaida; la historia de la mujer adúltera, y el último capítulo del Evangelio de San Juan.

Los dos primeros capítulos de San Mateo se encuentran en todos los manuscritos y en todas las antiguas versiones. Los antiguos Padres los citan y Celso, filósofo pagano, los alega, cuando

diserta sobre la doble genealogía de Cristo y sobre la adoración de los Magos.

Con respecto á la conclusión del Evangelio de San Marcos, aparece en todas las versiones y está aceptada por San Ireneo, San Agustín y Cesáreo de Constantinopla.

Los dos versículos de San Lucas, que se refieren al sudor de sangre de Jesús, se han omitido en algunos manuscritos, pero están en otros muchos.

San Jerónimo los admite formalmente, sosteniendo que se encuentran en algunos ejemplares.

No se sabe por qué en algunos manuscritos se omite la versión referente al ángel de Betsaida.

El contexto lo reclama y, sin él, no se comprendería la razón de ser de la respuesta del paralítico.

Los Padres de las diferentes partes de la Iglesia, San Cirilo de Alejandría, Tertuliano, San Juan Crisóstomo, San Agustín y San Ambrosio, conocen y aceptan el versículo.

Si no fuera auténtico, ¿cómo se explicaría este acuerdo de los Padres?

Los argumentos críticos en pro y en contra de la historia de la mujer adúltera son casi del mismo valor.

Los católicos son comunmente de opinión que el Concilio de Trento no les permite desechar esa historia, porque constituye una parte de los libros canónicos numerados por el Concilio, parte que es leída en la Iglesia católica y contenida en la antigua edición Vulgata.

San Juan, se dice, que evidentemente terminó su narración en el capítulo XX y de aquí se deduce que el capítulo XXI está agregado por mano extraña.

San Juan después de haber terminado su trabajo, ¿no habría podido agregarle un apéndice que le parecía útil?

¿Debía, por esto, cambiar la redacción del capítulo en el que había tenido la intención de concluir?

Según los documentos de la antigüedad, el Evangelio de San Juan ha sido usado en la Iglesia con este último capítulo.

Así es que, puede concluirse, con toda seguridad, que ni aun en esos detalles puede afirmarse con evidencia que haya habido interpolación.

VERACIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Hemos demostrado, con la brevedad que exige la índole de nuestra publicación, que los cuatro Evangelios que la Iglesia Católica guarda como un tesoro, y pone en manos de sus hijos para que conozcan la vida adorable y las obras maravillosas de Cristo, son auténticos, es decir, son de las personas que los escribieron, de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas y de San Juan.

Pero los Evangelios no sólo tienen ese carácter, no solamente son auténticos, sino que los hechos que en ellos se refieren son enteramente ciertos.

No puede ponerse en duda la veracidad de un testimonio, cuando los testigos ofrecen las más apetecibles garantías: cuando tienen el conocimiento de los hechos sobre que declaran y cuando son honrados, cualidad que asegura la sinceridad de sus declaraciones.

La prueba quedará más completa aún, si se puede establecer que, aunque hubieran querido engañar á sus lectores, les habría sido imposible engañarlos.

Todas estas garantías se reúnen en el testimonio evangélico.

Los Evangelistas han tenido exacto conocimiento de los hechos que refieren en sus libros.

Dos de entre ellos, San Mateo y San Juan, fueron discípulos de Cristo, y como tales vivieron durante tres años en la intimidad de Jesús; fueron testigos oculares de muchos acontecimientos de la vida pública de su Maestro, y, en cuanto á otros hechos de esa misma época, los informes les venían de sus colegas que los habían presenciado.

San Marcos, según una tradición incontestable, recibía datos y noticias de San Pedro, y San Lucas, como él mismo lo dice en el prólogo de su Evangelio, recogió sus informes con cuidado escrupuloso de los labios de aquellos que desde el principio fueron testigos oculares de los hechos que refiere y de los labios de aquellos que ejercían el ministerio de la palabra.

Estas últimas frases se refieren, sin duda, á San Pablo, que vió al Señor y recibió de él revelaciones inmediatas.

Testigos que conocían tan á fondo los hechos que refieren, podrían equivocarse, podrían sufrir engaños respecto de menudos detalles á lo más,

pero nunca incidir en errores con respecto á la sustancia de los hechos.

La crítica racionalista rehusa aceptar estas conclusiones.

Afirma ella que los testigos de los hechos evangélicos fueron gentes del pueblo, sin instrucción, sencillas y crédulas, llenas de preocupaciones sobre el carácter del Mesías, y dispuestas de antemano á explicar en un sentido sobrenatural las acciones algún tanto extraordinarias de su Maestro, á quien consideraban como el enviado de Dios.

La observación de los racionalistas tendría algún valor, si el testimonio de los autores de los Evangelios y el de los que les impusieron de lo que habían visto y oído, se refiriese á la explicación de las causas de esos hechos sorprendentes.

Pero la observación se desvanece, si se considera que los Evangelistas no explican la causa de los hechos que presenciaron, sino que se limitan únicamente á consignar su existencia.

Los hechos evangélicos de que se trata, caían bajo los sentidos; así es que para hacer constar su existencia, con certidumbre, bastaba que los testigos tuviesen ojos y oídos.

Un ejemplo, dicen los autores del Diccionario Apologético, bastará para comprobar esta verdad.

San Mateo, San Pedro y San Juan, se hallan con su Maestro en un lugar desierto á donde les ha seguido una gran muchedumbre. Jesús pone en manos de sus tres discípulos cinco panes y dos peces pequeños; con esta miserable provisión recorren grupos, compuestos cada uno de cincuenta personas; y advierten que los peces y los panes se multiplican en sus manos.

Cinco mil hombres comen á discreción de estos alimentos y, cuando todos están satisfechos, los Apóstoles recogen en doce canastos restos de este festín prodigioso.

Ahora bien, puede preguntarse, si el más sutil de los filósofos, si el más exigente de los académicos, hubiese estado presente á este espectáculo habría visto y hecho constar cosa distinta de lo que vieron estos tres hombres del pueblo, quienes nos han dejado la triple narración del milagro?

Algún adepto de la ciencia moderna podría tal vez emitir la hipótesis de que Jesús había hipnotizado á sus Apóstoles y que éstos, obrando bajo el imperio de la sugestión se imaginaron estar

repartiendo panes y peces á una muchedumbre también imaginaria.

Pero si esto hubiera sido así, los Apóstoles, saliendo del estado de hipnotismo, no habrían recordado lo que habían hecho bajo la influencia de la alucinación.

Si así hubiera sido, ¿cómo explicar que al día siguiente trajese Jesús á la memoria de los habitantes de Cafarnaun el prodigio que acababa de realizar en su favor?

Haga lo que quiera la ciencia incrédula, nunca llegará á demostrar que, para este milagro y para otros igualmente fáciles de hacer constar, sea menos valioso el testimonio de los Apóstoles, que el de la crítica más circunspecta.

En cuanto á las causas de estos acontecimientos, los Apóstoles de ordinario no las explican; se contentan con decir que Jesús apelaba á sus obras para confirmar su misión divina.

SINCERIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el curso de este estudio sobre los Evangelios, breve, como lo exige nuestra modesta publicación, hemos dejado establecido que los Evan-